

LA LEY DE LOS JUSTOS

Chufu Lloréns

Fragmento del 1er capítulo

Cada uno de los cuarteles del arcón estaba decorado con un bajorrelieve con la cara de perfil de un guerrero. A ambos lados había dos sillas curules de la misma madera con los brazos terminados en garras de león.

La voz de la muchacha proseguía:

—No se parece a su hermano, doña Luisa.

—¿Conoces a Máximo?

—El día de su accidente, cuando vino a buscarlo el carricoche de la Cruz Roja, todo el vecindario bajó a la portería.

—¿Está doña Adelaida?

—Ahora mismo la aviso. La está aguardando.

La joven camarera desapareció tras la cortina que cubría el principio del pasillo, dejando a madre e hijo a la espera. Al poco regresó.

—Dice doña Adelaida que pase usted, doña Luisa.

La mujer se dirigió al muchacho.

—Espérame aquí.

—¡No, no, doña Luisa! Le he dicho a la señora que venía usted con su hijo y me ha dicho que quiere conocerlo.

La mujer, retirándose el pañuelo que le cubría la cabeza, empujó a Juan Pedro por el hombro.

—Anda, pasa. ¡A ver cómo saludas! Y luego si no te preguntan, no hables.

Precedidos por la doméstica avanzaron por el largo pasillo. El muchacho no daba crédito a lo que veían sus ojos. Todo era evidentemente caro y lujoso: el reloj de péndulo, los cuadros, el alargado y noble mueble de nogal donde reposaban tres pequeñas figuras... Al llegar frente a la puerta del final del pasillo la criada indicó con el gesto que aguardaran en tanto ella los anunciaba. Juan Pedro se acercó a las estatuillas y observó las firmas: Agapito y Venancio Vallmit ja na y Josep Llimona.

La voz de su madre resonó en su oído.

—No toques nada. ¡A ver si tiras algo!

La criada compareció de nuevo y, retirando la pesada cortina, los invitó a pasar. Empujado otra vez por su madre, Juan Pedro se introdujo en una inmensa pieza que sus ojos recorrieron velozmente. En el lienzo que había al lado de la puerta vio una gran chimenea de mármol, apagada; en la pared de su izquierda, un alargado trinchante, y

sobre el mismo —soportada por cuatro torneadas columnas—, una vitrina enorme llena de valiosos objetos entre los cuales destacaba, sobre peanas de terciopelo granate, una colección de relojes. En la pared del otro lado había una puerta que daba a otra habitación. En medio de la estancia vio una gran mesa de comedor con sillones en las cabeceras y sillas alrededor, y en el centro de ésta, sobre un tapete, una porcelana de Sèvres que representaba a un grupo de cazadores asaeteando a un ciervo al que una jauría acosaba. Luego vio una gran arcada, tras la que divisó una galería de cristales emplomados que se abría a un inmenso terrado y, al fondo del mismo, en un banco de curvados listones bajo una glorieta, una pareja de un joven y una adolescente en animada charla. En la amplia galería y frente a frente había dos sofás con sendos sillones a cada lado. El de la derecha lo ocupaba una señora. Era algo mayor que su madre y, sin embargo, no tenía ninguna cana en el pelo. Vestía un precioso traje carmesí y lucía en el pecho un camafeo de jade verde. Con dos largas agujas tejía una labor de punto, en tanto un pequinés de ojos saltones que descansaba en su regazo se alzaba sobre sus patas y, apoyándose en el brazo del sofá, comenzaba a ladrar furiosamente.

La señora dejó a un lado las agujas con la labor y sujetó al perrillo por el collar.

—¡Calla, tonta, que es Luisa!

La mujer se adelantó para saludar respetuosamente.

—Si ya me conoces, Bruja, ¿por qué ladras?

—Es que no conoce al muchacho.

La costurera se hizo a un lado e indicó con la mano a su hijo que avanzara.

—Éste es Juan Pedro, señora. Es el pequeño.

El muchacho, gorra en mano, avanzó hasta el sillón de la señora de granate e, inclinando la cabeza, saludó brevemente.

—Es la viva imagen de su padre, que en gloria esté.

—Y que lo digas, Luisa. Vi a tu hombre una sola vez, pero lo recuerdo perfectamente.

La señora observó al muchacho con detenimiento.

—¡Vas a hacer carrera con él! A los ganadores se les ve en la salida. La cara es el espejo del alma.

Luisa se esponjó.

—Espero que así sea, señora. Con Máximo no tuve opción. Acababa de morir mi marido, y yo no sabía dónde estaba. Tuve que ponerlo a trabajar y, usted lo sabe bien, nunca podré agradecerle bastante que me lo recomendara a don Práxedes para que entrara en la fábrica. Luego pasó lo que pasó.

Un ligero parpadeo indicó a la costurera que había metido la pata.

La buena mujer añadió:

—No fue culpa de nadie, esas cosas pasan.

—Todo es relativo, Luisa. Tal vez de no entrar, no habría perdido los dedos.

—Eso fue una fatalidad, señora. El destino de cada cual está escrito. Pienso que de trabajar en una cuadra le habría dado una coxa una mula el mismo día a la misma hora.

Súbitamente un tenso silencio se estableció en la pieza. Juan Pedro miraba ausente hacia la glorieta donde estaba la parejita. Doña Adelaida acariciaba nerviosamente al pequinés. La costurera quiso cambiar de tema para enmendar el yerro y, señalando a su hijo pequeño, apuntó:

—Con éste es diferente. Quiero que estudie y que tenga letras. Además, se vuelve loco

por los libros.

Doña Adelaida se dirigió al muchacho.

—¿Es eso verdad? ¿Te gustan los libros?

La mujer, sin dar tiempo a que su hijo se explicara, intervino de nuevo.

—Son su locura, señora. A través de un conocido lo puse a trabajar en la librería Cardona, que está en el n.º 12 de la Rambla de los Estudios. Creo que ha sido la mejor decisión que tomé jamás, aunque pienso que se le van a quemar las pestañas. El dueño, don Nicanor, es casi ciego y le hace leer en voz alta todos aquellos libros que le interesan. Me parece que se ha leído toda la tienda, y siempre viene a casa cargado de libros que le presta el señor Cardona.

La señora se dirigió a Juan Pedro.

—Creo que te va a gustar lo que he pensado. Pero primero vayamos a lo nuestro, Luisa. Quiero que veas el cuarto de jugar; he hecho cambios porque Antonio tiene que contar con un lugar acondicionado para recibir a sus amigos en invierno. Ya no es un niño... aunque a mí me lo parezca.

—A las madres nos cuesta ver que los hijos crecen, señora. Doña Adelaida, sin hacer caso de la interrupción, prosiguió: —Pues como te decía, lo he convertido en una salita y he puesto allí, con otros muebles que me sobraban, el sofá que traje de casa de mi suegra. Pero la verdad es que está un poco raído y quiero que me hagas una funda.

—Pero, señora, yo no voy a saber. ¿No tenía usted a Rogelio? —Rogelio se ha ido a su pueblo, Luisa, y tú lo vas a hacer muy bien.

La señora comenzó a incorporarse, y el pequinés saltó al suelo y fue a olisquear los pantalones de Juan Pedro.

—Luisa, en tanto te enseñe el sofá, quiero que tu hijo vea algo que le va a interesar.

Doña Adelaida se levantó del hondo sillón y, llegándose a la puerta de la galería, la abrió y llamó a su hijo. Éste, acompañado de su prima, una hermosa chiquilla morena peinada con una larga trenza, se acercó donde estaba su madre.

—Antonio, éste es Juan Pedro, el hijo de Luisa. —Luego, dirigiéndose a la modista, añadió—: Y a ésta ya la conoces. Es mi sobrina Candela, la hija de mi hermano Orestes.

—La conozco muy bien, señora. ¡Más de una vez le he contado cuentos!

Doña Adelaida asintió con la cabeza y anunció a ambos muchachos:

—Juan Pedro va a quedarse con vosotros en tanto yo hablo con su madre. Quiero que le enseñéis la biblioteca. Creo que te va a gustar, Juan Pedro.

Y sin añadir nada más y seguida por la modista se alejó, dejando a los tres jóvenes observándose. Juan Pedro no podía evitar la sensación de que la cara de aquella chica le resultaba familiar. De repente recordó: habían pasado muchos años, diez para ser exactos, pero se trataba de un día difícil de olvidar.

El cuadro era desolador. La lluvia caía con persistencia sobre un grupo formado alrededor de una especie de angarilla de madera equipada con pequeñas ruedas para poder ser manejada por un solo hombre, sobre la cual se veía una rústica caja asimismo de madera con un sencillo crucifijo sobre la tapa y marcada con tres letras desvaídas: M., B., C. El trío, pues tal era el número de personas, lo constituía una mujer de mediana edad y dos niños de unos once y siete años, respectivamente. Vestían de manera humilde y sin embargo aseada. Ella llevaba una blusa de tafetán y una falda de sarga gris oscuro; sobre sus hombros, una mantellina de lana negra; el

pelo, veteado de canas, se lo había recogido en un moño, que cubría con un velo negro, y en su brazo izquierdo portaba una discreta bolsa de lona con asas de cuero. Lo único que diferenciaba a los niños era el pantalón: el mayor lo llevaba largo y el pequeño, corto. Ambos llevaban jerséis, remendados en los codos, por cuyos escotes sobresalían los desgastados picos de los cuellos de las camisas; sus pies calzaban desgastados zapatos. Los tres se cubrían con deteriorados paraguas que goteaban por el extremo de las varillas mientras ob

servaban el quehacer de un hombre que, vestido con un blusón que le llegaba hasta las corvas, unas gruesas botas de agua y cubierta su cabeza con una vieja gorra de visera que en teoría debería protegerle de la lluvia, manejaba un pico y una pala alternativamente. A su lado izquierdo, en el suelo, tenía un capazo medio tapado con una loneta, una gaveta de paleta, un saquito de cemento y dos o tres utensilios para el menester que su oficio de enterrador requería.

Sobre la tierra, una línea de cordel sujeto a unos tacos de madera marcaba una zona. En aquel instante el hombre estaba cavando con el pico por el extremo y apartando el sobrante, alternativamente, a un lado con la pala.

La mujer se dirigió al chico mayor.

—Máximo, lleva a tu hermano a dar una vuelta. He de hablar con este señor.

—Como usted mande.

El llamado Máximo se volvió hacia el pequeño.

—Vamos, Juan Pedro.

—No os alejéis demasiado. Esto es muy grande, y es fácil perderse.

—Descuide, madre.

—Cuando suenen las diez y media, regresad.

Partieron los muchachos, y la mujer, tras asegurarse de que se alejaban, se dirigió al hombre.

—Pero esto es una fosa común, ¿no es lo que habíamos acordado!

—Señora, no es una fosa común. Si lo fuera, no podría enterrar a su marido en la caja; iría dentro de un saco y listo. Además, allí van los asesinos y los que mueren de paso en Barcelona sin familia. Esto se hizo hace dos años para la gente que no tiene medios y que el cura de su parroquia certifica que son personas de buenas costumbres y de moral intachable. Por eso ha pagado lo que ha pagado. Y es todo lo que puedo hacer hoy por hoy. Como puede ver, le he guardado un extremo de la fila, el primero después del número que marca esa fosa. Si un día tiene dinero para comprar un nicho, podrá recobrar fácilmente el cadáver de su marido y trasladarlo.

—Pero usted me dijo que estaría únicamente con dos cuerpos más en el nicho de una familia conocida suya...

—Señora, las cosas son así. Como usted comprenderá, yo no tengo una bola de cristal para saber la gente que va a fallecer en Barcelona. Anteayer explotó una bomba en la calle Valdonzella y mató al abuelo y al hijo de la familia propietaria del nicho; hoy está

completo y no cabe nadie más. Pero le he guardado un buen sitio, el extremo de las fosas parroquiales, que ése es su nombre; siempre está muy solicitado porque en caso de mejoría de la economía familiar puede recuperarse el difunto. Y dígame si no lo quiere, porque por la tarde tengo gente esperando.

Luisa, que así se llamaba la mujer, extrajo un pañuelo del fondo de su bolsa y se lo llevó a los ojos.

—Está bien, proceda antes de que lleguen los chicos. No quiero que vean dónde se entierra en Barcelona a los pobres. Cuando regresen, espero que todo haya acabado.

El hombre la miró con la filosofía que dan el oficio y los años, y procedió con bríos renovados a extraer la tierra y a agrandar el foso. Luego, cuando el sonido del pico golpeó la caja de al lado, se detuvo, apoyó aquél y la azada en un ciprés y, tras secarse el sudor que perlaba su frente bajo la gorra, tomó la carretilla por las asas y la colocó junto al foso.

—Aguarde un momento aquí, señora, que voy a buscar a un compañero.

Partió el hombre, y Luisa quedó frente a los despojos de su marido. Extrajo del bolsón un rosario y comenzó a pasar las cuentas. Ya andaba por el segundo misterio de dolor cuando el hombre regresó acompañado de otro enterrador que le sacaba por lo menos una cuarta, quien saludó respetuoso a Luisa, gorra en mano.

—Vamos, Matías, que es tarde y hay que ir a comer.

Los dos hombres, con la práctica que da la costumbre, tomaron el cajón donde descansaba su marido y lo colocaron en el suelo junto al agujero, luego le pasaron dos cinchas de lona por debajo y hábilmente lo descendieron a la fosa, retirándolas después. Tras dar las gracias al compañero y decirle algo parecido a «Hoy por mí, mañana por ti», el grandote se retiró con una breve inclinación de cabeza. El otro, tomando la pala y llenándola de tierra, procedió a rellenar el hueco. Finalmente, cuando hubo terminado, se dirigió a Luisa.

—Bueno, señora, yo ya he concluido.

Luisa lo observó con expresión incrédula.

—Quedamos en que se ocuparía usted de avisar al párroco. ¿No va a venir a decir unas palabras por mi marido?

—Eso era en el caso de haberlo podido enterrar en el nicho de esa familia. A las fosas parroquiales no viene nunca.

—Pero entonces ¿nadie despedirá a mi esposo?

—Señora, ya puede olvidarse. Perdone la expresión, pero al pá

rroco se la traen al paio los muertos de las fosas parroquiales. Jamás le he oído una palabra de consuelo para los que no tienen una peseta para comprarse un nicho. El párroco del cementerio, el sacristán y los monaguillos estarán hoy muy atareados cantando el gorigori junto a los que han venido a acompañar a alguien muy importante que murió ayer y que tiene un gran mausoleo al otro lado del arco.

—Pero ¿acaso cuando traen un difunto no vienen con él los curas de su parroquia?

—«Nihil obstat», como dicen ellos; no es impedimento. En cuanto un coche fúnebre lujoso pisa tierra del cementerio, el que tiene los derechos es el cura de aquí y lo que hace es sumarse a la procesión, con su sacristán y sus monaguillos, para justificar su parte. ¡Me parece que hoy habrá aquí más clérigos que en la catedral!

La lluvia había amainado un poco. Los dos hermanos atravesaron el arco de piedra que presidía el recinto de los panteones y, nada más asomarse, percibieron que aquél era otro mundo.

Tuvieron que hacerse a un lado. Por la calzada central avanzaba, tirado por seis caballos negros, un coche estufa de imponente factura. Los arreos de los animales eran de lujo; el coche, encristalado, permitía ver alojado en su interior un sarcófago rematado por cantoneras doradas; el curvo tejadillo del gran Daumont, que iba coronado por una gran cruz, se sustentaba en cuatro pilastras de rojizas maderas

nobles trabajadas y rematadas en hojas de acanto y, mirando al frente, había un ángel de abiertas alas. El lujoso carruaje iba conducido por dos cocheros en el pescante, a los que acompañaban dos postillones, encaramados en la parte posterior, uniformados a la Federica con grandes plumeros en sus tricornos. Tras él caminaban nueve religiosos, en tres filas, vestidos de ceremonial y protegidos por un palio cuyas varas sujetaban seis monaguillos que cantaban en gregoriano el «De profundis». Tras ellos, a paso lento, iban doce coches —entre berlinas de acompañamiento y landós particulares— arrastrados por hermosos tiros de caballos de diferentes pelajes y de los que fueron apeándose, a medida que se detenían, grupos de enlutados personajes embutidos en impecables levitas, que desplegaron de inmediato sus paraguas para proteger sus chisteras, hongos y galeras de magnífica factura de la fina lluvia que caía sin cesar.

Máximo, embobado ante tal exhibición de boato, no se dio cuenta de que su hermano pequeño se apartaba de su lado y se perdía por un camino lateral empedrado.

Juan Pedro se introdujo en un mundo mágico.

Entre las más destacadas familias barcelonesas había corrido el bulo de que, al prohibirse el enterramiento en las iglesias, las profanaciones de tumbas para propiciar robos estaban a la orden del día y que en ocasiones los que hurgaban en las mismas eran los lobos que bajaban de la montaña porque olfateaban un auténtico festín de carroña humana. Éste fue el desencadenante primero —el segundo: el afán de las personas de prolongarse en la eternidad con la misma gloria y prosapia que disfrutaron en la tierra— de que comenzara la competencia de panteones. Las sepulturas no estaban una al lado de otra por casualidad, sino que era resultado de lazos e intereses económicos y sociales existentes entre individuos, familias y empresarios. Las capillas historiadas, los túmulos de piedra cerrados con lujosas y trabajadas rejas, las alusiones a las virtudes del difunto y las expresiones de cariño eran muchas y diversas. Así, la sepultura de la familia Nadal estaba rematada por la escultura de una mujer yacente. El panteón de Antoni Bruguera i Martí tenía un hermoso epitafio encargado por su adinerada mujer: «La muerte que todo lo destruye no podrá borrar, ¡oh, sombra querida!, el recuerdo del cariño de una esposa que te idolatraba». La familia Formiguera, dedicada durante años al negocio de la farmacia, había hecho construir un panteón rematado en mármol con el signo de su profesión. Josep Anselm Clavé, músico, poeta y político, descansaba en un monumento funerario construido en 1874 por el escultor Manuel Fuxà.

Juan Pedro avanzaba observando todo aquello con ojos de asombro, mirando fascinado las estatuas. Los pétreos rostros instalados en las marmóreas alturas parecían observarle también. Súbitamente el niño creyó estar soñando. Frente a él, junto a una capilla presidida por la Virgen de Lourdes, le pareció percibir que algo se movía. Era un angelito de cabello oscuro y mirada traviesa con los tirabuzones deshechos, mojados y pegados a las sienes. Juan Pedro alzó la vista hacia el conjunto escultórico por ver si en él faltaba algún elemento. Estaba completo. El ángel continuaba sonriendo. Siguiendo su natural talante idealista y quijotesco, Juan Pedro se adelantó para protegerlo con su paraguas, aunque la lluvia era ya casi imperceptible.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña.

—Juan Pedro. ¿Y tú?

—Yo Candela. ¿Quieres jugar?

Juan Pedro la miró de arriba abajo. La niña, aunque empapada,

llevaba un precioso traje blanco de organdí. El chico intuyó que costaría una fortuna y, casi instintivamente, ocultó con la mano libre la codera remendada de su brazo derecho.

—Te vas a poner perdida.

Ella se encogió de hombros. Súbitamente entre los arbustos del fondo apareció una elegante señora, precedida por un criado que le sostenía un gran paraguas, mirando a un lado y a otro, con el rostro crispado por la angustia.

—¡Allí está, señora!

La pareja se acercó rápidamente y el hombre se apresuró a coger a la niña de la mano.

—¿Qué estás haciendo, Candela? ¿Dónde te habías metido? Vas a coger un catarro o algo peor. Hemos venido a poner flores en el aniversario de la muerte de tu abuelo, y apenas me doy la vuelta, desapareces. Esta tarde estarás castigada.

Juan Pedro se quedó mirando cómo aquel par de intrusos se llevaban a su ángel y desaparecían de su vista. Repentinamente notó que lo sujetaban por el hombro y lo zarandeaban. Era Máximo, que llegaba enfadado.

—Tú estás chalado. ¿No te das cuenta de que esto es muy grande y que podrías haberte perdido?

—He visto un ángel.

—¡Déjate de historias! Siempre has sido un fantasioso... Mamá se va a disgustar.

De repente la muchacha rompió el fuego y Juan Pedro volvió al presente, dejando los recuerdos atrás.

—¿Es la primera vez que vienes?

Juan Pedro, que todavía no se había hecho cargo de la situación y estaba algo sorprendido al ver que era la jovencita la que comenzaba a hablar, respondió:

—Conocía la casa. He acompañado a mi hermano hasta la puerta de la fábrica un par de veces, pero la verdad es que no había subido nunca.

—¿Quién es tu hermano? ¿Trabaja aquí? —Ahora el que preguntaba era el joven.

—Se llama Máximo, y era cortador de cuero hasta que se lastimó.

Ella miró a su primo.

—¡Lo recuerdo muy bien! ¿No te acuerdas, Antonio? Lo explicó tu padre a la hora de comer. —Entonces se dirigió a Juan Pedro—. Sí, se hizo mucho daño en la mano izquierda.

—Perdió tres dedos. Ahora ya no puede manejar la máquina y reparte las piezas terminadas en un carro con una mula.

La muchacha, tras una pausa, se volvió hacia su primo.

—Tu madre ha dicho que le enseñemos la biblioteca. —Luego, dirigiéndose a Juan Pedro, añadió—: ¿Te apetece ver los libros de mi tío?

—Lo que más me gusta son los libros.

—Entonces vamos.

Candela, decidida, se dirigió hacia la puerta que se abría junto al comedor; Antonio y Juan Pedro la siguieron.

Al entrar en la habitación, Juan Pedro tuvo la impresión de que lo hacía en una catedral. Todas las paredes estaban forradas de nogal y cubiertas de estanterías atestadas de libros. A media pared circunvalaba la estancia un estrecho pasillo con barandilla al que se accedía mediante una escalerilla de madera y en la parte superior los volúmenes encuadernados estaban encerrados en vitrinas. Juan Pedro no salía de su asombro.

Antonio aclaró, siguiendo su mirada:

—Son los más queridos de la colección de mi padre. Algunos incunables están cerrados con llave, son muy valiosos.

Juan Pedro continuó admirando. En medio de la estancia había una mesa cuadrada cubierta por un tapete verde y, en su centro, un quinqué de petróleo de cuatro brazos; alrededor, cuatro pequeños silloncitos que propiciaban la lectura.

La voz de la muchacha interrumpió sus pensamientos.

—¡Qué suerte ser hijo de Luisa!

—¿Por qué dices eso?

—A mí, cuando era pequeña, me encantaba bajar el día que venía a coser porque me sentaba a su lado en un taburete y, mientras ella le daba al pedal de la Singer, me contaba cuentos: «Las tres rosas», «La princesa del garbanzo», «Juan sin miedo», «La bella durmiente»... Imagino que a ti te habrá contado muchos.

—Llega a casa muy cansada, no está para contar historias. —Luego, sin mediar pausa, indagó—: ¿Tú también vives aquí?

—En el segundo primera.

—Su padre y mi padre son cuñados y socios —aclaró Antonio. Ella prosiguió con su charla.

—A mí me encantan las historias, lo que ocurre es que no me gusta lo que dice mi madre que me debería gustar.

Juan Pedro preguntó: —¿Qué te gusta leer?

—Me gusta Julio Verne: *De la tierra a la luna*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*... Y también *Los piratas del mar Rojo* y *La venus cobriza*, de Karl May o *Los tres mosqueteros*, *El collar de la reina* y *El vizconde de Bragelonne* de Dumas.

Juan Pedro miró a la chica de otra manera, con ojos de complicidad. —¿Has leído a Mark Twain o a Robert Louis Stevenson?

—No, pero me encantaría.

Antonio se notaba excluido del diálogo; sus veintidós años le daban otro nivel.

—Tengo cosas que hacer. Os dejo solos. —Luego se dirigió a su prima—: Enséñale todo lo que quiera ver.

—Descuida, yo me ocupo de él.

Y cuando, tras despedirse, Antonio se retiró, Candela, olvidándose de su primo, continuó su inacabado diálogo.

—Y ¿cómo harás para hacérmelos llegar?

—Se los daré a mi madre para que se los dé a vuestro portero. —¡Tráelos tú! Ven algún día conmigo. Podremos leer juntos. —Me parece que no va a poder ser. Vivo bastante lejos, y no creo que a tu padre le guste que yo venga por aquí a verte.

—No entiendo por qué —dijo Candela.

En aquel instante se abrió la puerta de la biblioteca y entraron doña Adelaida y Luisa.

—¿Qué? ¿Te ha gustado la librería?

—¡Mucho! Aquí hay más libros que en Casa Cardona. Candela intervino.

—Hemos quedado en que puede venir algún día para leer conmigo.

El rostro de doña Adelaida cambió ligeramente.

—Ya veremos, Candela, ya veremos. Habremos de hablar con tu madre.

Una nube enturbió la mirada de Luisa. —Vámonos, hijo, que es tarde.

¡No te lo pienses más y disfruta del libro entero!

Tapa dura con sobrecubierta

PVP **22.90 €**

LO QUIERES

Descubre otros libros de

Compártelo: